

neta antes de que el Pedrillo nos plante en la mesa de la terraza un porrón acompañado de un platillo de gurrumancia. En un mundo donde el espacio físico y el digital se sostienen en un tiempo que parece permanecer casi impasible, las plataformas visibilizan la indignidad y los extremismos. Estos ofrecen una excelente ventaja competitiva a nuestro yo digital más siniestro.

Y como las plataformas premian y visibilizan (gracias a la dictadura de los algoritmos) lo que indigna —el extremismo, lo bizarro—, cuentan con un atractivo que resulta difícil de igualar. La política, con sus políticos, aprendió pronto la lección de lo inmediato y lo impactante. La realidad se “encuadra” (framing, Gregory Bateson y Erving Goffman), se silencia (espiral del silencio, Elisabeth Noelle-Neumann) o simplemente se posiciona a nuestro favor (espiral del cinismo, Joseph Cappella y Kathleen Jamieson) mediante la generación de desconfianza entre los ciudadanos. Compañeros de trabajo. Amigos. Familias. Estas dinámicas son asumidas cada vez más por cada uno de nosotros. Si a nuestro adversario le tenemos miedo y nos resulta peligroso, lo deshumanizamos. Si un grupo diverso, vulnerable y/o estigmatizado (musulmanes, chinos, gitanos, chigres...) no nos conviene, lo invisibilizamos, lo cancelamos. La censura de hoy es más implícita que explícita. Antes, en tiempos franquistas, a los gitanos de las “calles de atrás” se les acinaba y se les castigaba legalmente por el solo hecho de existir. Hoy, somos más “sutiles”. Se les castiga a nivel social y simbólico. Aunque cabe reconocer que han pasado el testigo del estigma de “chivo expiatorio” a otras comunidades que se perciben con recelo al cruzar la calle de una acera a otra. No tanto cuando cobran cinco euros por cortarnos el pelo. La historia siempre se repite, aunque con otros nombres. Actualiza las aplicaciones desde el confesionario hasta Facebook y TikTok.

Llevo dos décadas investigando el periodismo y la comunicación en medio mundo, en especial en Europa y la América andina (Ecuador) y caribeña (Cuba). Mi vuelta al “viejo continente” coincidió con el auge de los movimientos migratorios (2015), lo que me incentivó a estudiar el discurso de odio (hate speech) y la desinformación dirigidos a los grupos de personas en movilidad (de esto sabemos mucho los albojenses, al contar con familiares en multitud de regiones españolas y países extranjeros debido a la emigración). En un primer momento, desde Italia (Milán), para, a posteriori, llegar a la Universidad de Salamanca: «Quod natura non dat, Salmantica non praestat» (Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta). Un lema que viene al pelo para un albojense que tuvo que agarrarse a la pared al nacer para ser considerado como tal.

Como parte de esa labor investigativa mencionada en el párrafo anterior, hemos publicado un estudio (en una de esas revistas científicas indexadas que nadie lee) sobre casi un

millón de mensajes en X, Facebook, Instagram y TikTok. La tecnología, mediante análisis computacional, detecta patrones de conducta a una escala que ningún ser humano podría percibir de forma natural. Una “máquina” nos pone frente a las señales tóxicas y de odio que mostramos en nuestro lenguaje, discursos y narrativas “online”: agresividad, obscenidad, amenazas, insultos... De este modo comprendí que es fundamental distinguir entre la crítica legítima y la culpabilización de una persona, de una comunidad o de un pueblo (en el sentido identitario de la palabra). Para esto, hace falta contexto, concepto, epistemología y juicio crítico. Hace falta lo que cualquier albojense competente debe exigir antes de aceptar un chisme (chafardeo), una mentira, una posverdad: conocer quién lo dice, de quién se habla, por qué lo cuenta y qué ocurrió realmente.

Esta forma de actuar es decisiva. Marca la diferencia. En esta investigación de la que hablo, hemos comprobado que criticar con hechos las políticas del Gobierno de Israel no nos convierte en antisemitas (aunque deberíamos decir antijudíos por respeto histórico y lingüístico). Tampoco lo hace defender el derecho (a existir) del pueblo palestino. La judeofobia comienza cuando responsabilizamos a los judíos, como colectivo, de las acciones de un Estado (Israel). Cuando volvemos a introducir en nuestras reflexiones y conversaciones las conspiraciones del supuesto poder judío, tal y como se incitó en España en marzo de 1492 con el decreto de expulsión firmado en Granada, en 1497 en Portugal y en 1498 en el reino de Navarra. De igual modo, condenar a Hamás o a una corriente islamista extremista tampoco constituye islamofobia. Sí lo es cuando tratamos a los musulmanes como sospechosos, inferiores o enemigos. La crítica legítima se dirige a decisiones, actos e instituciones. El odio irracional arrasa con identidades enteras y genera culpables. ¿De qué? Ni nosotros lo sabemos.

Mientras escribo este artículo, a finales de agosto de 2026, Ceuta (bajo soberanía española desde hace 386 años, cuando Marruecos moderno ni existía) intenta (re)alojar a miles de personas tras la entrada masiva registrada a finales de julio. Discutimos qué hacer, sobre todo con los menores no acompañados (mal llamados MENAS). La frontera (una valla de 8,2 kilómetros que, por suerte, ya no cuenta con concertinas en el lado español, tal y como pude comprobar hace cuatro años cuando fui a presentar mi libro “Odio”) es una línea artificial en el espacio hasta que un cuerpo la cruza. En ese momento se vuelve orgánica y transforma ese espacio en tiempo biográfico. Como decía, es totalmente legítimo debatir la política migratoria, la española y la europea, porque la marroquí es más que cuestionable; la capacidad de acogida, la seguridad de los ceuties (de todos ellos, cristianos en un 57% y musulmanes en un 42%) y la legalidad de lo que está ocurriendo (una auténtica barbaridad que más de 70.000

personas lleguen a un mismo lugar en el plazo de 48 horas). Debemos hacerlo. Sin duda. Pero no bajo las etiquetas de «invasor», «ladrón», «violador» ni «asesino». Un sustantivo descontextualizado no salva vidas. Las agrava.

De igual modo, mientras estoy frente al ordenador terminando de redactar esta propuesta “festerá”, continúan muriendo hombres, mujeres, niños y niñas en Gaza bajo un alto el fuego inexistente y silenciador de las voces críticas. El ataque criminal de Hamás del 7 de octubre de 2023 es condenable. Debe serlo. Pero este no convirtió en culpables a los casi 6 millones de habitantes de Palestina (España reconoce oficialmente a Palestina como un Estado desde el 28 de mayo de 2024). Al igual que las decisiones del Gobierno israelí no convierten a todos los judíos del mundo en responsables. Una cosa es clara: Hamás no es Palestina. Netanyahu no es el judaísmo. Ni siquiera es Israel. Es tan solo un dirigente que ocupa un espacio temporal, aunque él no lo entienda así. El tiempo, de nuevo, pondrá a cada uno en su lugar (como dice mi canción «Gaza», del segundo disco de la colección “El Hogar”, que puede escucharse en Spotify). Un moro (del latín *maurus*) no es una organización armada. Ni un judío mueve los hilos del sistema financiero mundial. Parece sencillo, casi infantil, pero nuestra civilización tecnológica, abanderada por las generaciones Millennials y Z (y ya en las aulas de educación primaria y secundaria la generación Alfa) está consiguiendo hacer suyo que el lema «si una mentira se repite lo suficiente se convierte en verdad» (acuñada por el ministro de propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial, Joseph Goebbels) parezca un acto de valentía y rebeldía intelectual. Nada más lejos de la realidad (tanto online como offline).

Albox conoce, aunque parezca olvidarlo de vez en cuando, los costes de transformar la diversidad religiosa y cultural en sospecha (legal) y culpa (religiosa) colectiva. No se trata de comparar las dinámicas actuales de forma mecánica con las de 1488, 1570, Ceuta y Gaza, ni de meter en el mismo saco moral y ético distintos siglos de forma anacrónica. Se trata de evitar la sinécdoque consistente en «tomar una parte por el todo y el todo por una parte». Antes hacían falta un púlpito (cura), un pregón (líder social) y un decreto (alcalde). Ahora basta con una batería cargada, una buena conexión a internet y una mala conexión con la veracidad.

Pero volviendo a mis raíces, estas fiestas de San Francisco importan más de lo que parecen. Desde niño, mi familia abrió las puertas de El Hogar para permitir a los lomereros, albojenses, foráneos y a todas las personas con ganas de comer, beber, reír, bailar, disfrutar de ellas como se merece. Mi cuerpo tiene mejor memoria que la cabeza que lo acompaña. Ambos degeneran, es ley de vida, pero crean un tiempo común para todos en mi interior. Durante unos días, quienes se quedaron, los que nos fuimos, quienes llegaron

después, quienes regresaron, ocupan la misma plaza: la Plaza de San Francisco. El libro de fiestas, aunque parezca un formato editorial del siglo XX, conserva en sus páginas (físicas y digitales) la versión del pueblo, de la loma, que somos cada uno de nosotros. Dentro de treinta, cuarenta, cincuenta años, alguien leerá (en sus tablets, móviles, dispositivos 4D, en sus memorias sintéticas, o lo que sea que venga) nuestros nombres, nuestras preocupaciones y nuestras bromas (tal y como yo hice estos días con la revista ROEL y algunos programas de fiestas patronales pasadas).

Albox ha cambiado porque es una entidad viva. Ha sobrevivido a conquistas, rebeliones, expulsiones, repoblaciones, terremotos, riadas, emigraciones, inmigraciones, crisis económicas (2008) y sanitarias (COVID-19), a sucursales bancarias que se marchan de toda la Loma (toca cruzar el puente para sacar dinero) y a comercios que reaparecen con otro letrero y otro rostro. Creo que no necesitamos fingir que permanece intacto. Impertérrito. Necesitamos conocer nuestras heridas, quién pagó, quién cobró, quién ganó y quién perdió. Quién quedó fuera del relato. Conocer nuestra historia no conlleva embalsamar al pueblo, sino permitir que las futuras generaciones decidan quiénes son y si quedarse o marcharse de forma libre y digna.

El fin del espacio no es el fin de Albox. Es el final de la ilusión de que Albox pueda guardarse en el cajón de la mesita de noche, como las fotografías de nuestra infancia. El pueblo es tiempo que corre de boca en boca, que se regenera en el apodo familiar, del recién llegado que mañana será «de aquí». Y yo (me) pregunto: ¿quién soy yo? Soy lo que permanece después de haber cambiado con el paso del tiempo y de los caminos caminados, como versó Antonio Machado y canta Serrat. Tan solo tiempo. Y quizá esa sea la única forma digna de seguir siendo (del) pueblo.

A mi padre



*Martín Oller Alonso*